

Hacia una espiritualidad educativa marista

Juan Jesús Moral Barrio *

RESUMEN

Aportar algunos datos para facilitar una reflexión en torno a la espiritualidad, tema candente entre los educadores maristas. Buscar en la raíces y volver a las fuentes donde han manado las energías que ha sustentado a centenares de verdaderos maestros de espiritualidad, durante casi dos siglos.

Desde una definiciones comprobadas, buscamos la resonancia que han tenido los textos normativos en la vida marista. Echamos los fundamentos teológicos en que se apoyan. Comprobamos la práctica de esta espiritualidad de los modelos más destacados y apuntamos algunas conclusiones.

Mientras esta espiritualidad se tiene por una realidad abierta, que puede ser propuesta como tema de estudio, bueno será tratar de hacer algunas aportaciones para aproximarnos a la claridad que le conviene.

1. Delimitamos campos

Cada año suele programar la FERE¹ unas jornadas de reflexión y de actualización de los Profesionales de la educación. Las titula, “Jornadas de pastoral educativa”. Pastoralistas y educadores aceptan el título sin discusión alguna. ¿Pasaría lo mismo si las titulasen de espiritualidad educativa?.

Buscamos en diccionarios especializados el término espiritualidad:

Uno trata de definirla «*como las diversas palestras de formación a la perfección cristiana o a la santidad*». Con idéntica meta, con idénticos medios fundamentales para realizarla, existe solamente la diferencia de las maneras distintas de usar esos medios.

El Nuevo diccionario de Espiritualidad, de la Escuela del Teresianum (Roma), pone el acento en la antropología general para definirla «*como la posibilidad que tiene todo hombre de abrirse y vivir el misterio. En un cristiano es la coincidencia del espíritu humano con el Espíritu divino*».

Otros diccionarios son más libres en sus artículos definitorios: *«La espiritualidad es como una floración, la expresión espontánea y personal de la vida espiritual, entendiendo por vida espiritual la vida del espíritu que da Jesús»*.

Si mezclamos bien todo esto seguramente que nos dejarán la impresión de poca claridad; claridad que sin embargo sería más que necesaria en conceptos tan fundamentales de la vida de la persona.

El H. Juan Bautista Furet en la introducción a la biografía de S. Marcelino Champagnat hace equivaler santidad y espiritualidad, bien que en su tiempo apenas si este término pudiera entenderse a la manera como hoy se entiende. Pero lo que nos puede interesar más es que define la “espiritualidad” de una manera que filtra toda la forma de entender la santidad en la escuela del siglo XIX. Una vida hecha de lucha, de esfuerzo por conseguir la virtud, proclamar la gloria de Dios y salvar el mundo.

Estas son sus primeras palabras en esta obra definitoria del modelo de educador que es S. Marcelino Champagnat:

«Narrar la vida de un santo, describir sus luchas, victorias y virtudes, cuanto hizo por Dios y por el prójimo, es proclamar la gloria de Jesús, divino restaurador del mundo, Santo de los santos y autor de toda santidad».

Un poco más adelante insiste señalando el camino: *«Escribir la vida de un santo es condenar el vicio, fomentar la piedad y la virtud»*.

(Cfr. FURET, J.B. *Vida de Marcelino Champagnat*. (1989) Zaragoza, EDELVIVES.)

José M^a Alimbau, tan directo en sus entrevistas de Radio Bcn, me pregunta sin esperas y sin remilgos: ¿cuál es su mística? – confieso mi sorpresa y reflexiono un instante. Si es el eje de mi vida, aquello que justifica entrega y alegra el que-hacer... Inconscientemente acudo a mi patrimonio y me sale esto: *«Un silencio reverente ante el misterio que se realiza ante mi, pero que está constituido por un Cristocentrismo, expresado en los tres puestos maristas, el Belén de la pobreza y la humildad; la Cruz de entrega; el Altar de la presencia y de la ofrenda, a la manera de María, en una aceptación callada y acogedora. Caminito sencillo de abandono generoso en las manos de Dios, Padre bueno»*.

Al leer la vida de nuestros primeros Hermanos, y las de generaciones de educadores que les siguieron, me vienen unos cuantos interrogantes sobre su espiritualidad, sobre su mística y sobre el porqué de su vida educadora.

No es válido, de entrada, decir que entonces no se hacían estas preguntas o que estos interrogantes son ociosos, porque entonces también lo serían ahora..

El H. Buenaventura, maestro de Novicios, recibe a uno de ellos y dialogan de esta manera:

-H. Buenaventura, enséñeme el secreto de su eterna alegría, para llegar a

ser como usted.

-Lo tiene y no lo sabe: es Vd. religioso y siervo de Dios. Nadie es digno de tal nombre, añadió citando a S. Juan Crisóstomo, si no tiene un carácter lleno de suavidad y alegría.²

De antes de la guerra civil española, 1936, tenemos muchos testimonios de la vida de nuestros educadores maristas. Por el elevado número de mártires se han tenido que recoger los testimonios sobre sus vidas y su espiritualidad. Elegimos casi al azar el del H. Bernardo Fàbrega, asesinado en Barruelo en 1934. Han testificado sobre él:

«Religioso humilde y sencillo en su persona, en su porte y en sus ademanes, huía de las alabanzas queriendo tan sólo que el Señor se enterara de obras y desvelos. Modesto en extremo, especialmente en el lugar santo, dándose el caso que al preguntarle por alguien que había llamado la atención en la iglesia, siempre contestaba, que no había reparado en ello.»

En los anales del colegio de Orbó (Palencia) escribe puntualmente su crónica: “El 28 de abril tiene lugar la primera comunión con la solemnidad de otros años”. Los testigos confirman que nada se omitió de cuanto debía tenerse en cuenta. Nadie se enteró de su profundo dolor. Por su parte, el H. Angel Andrés describe: “La cristiana muerte de su amada madre le afectó grandemente; ocurrió mientras él ultimaba la parasceve de los primeros comulgantes de aquel año. En sus notas, aquella efeméride infausta aparece como una era a partir de la cual el tiempo se cuenta y vale diferentemente”.

En *Silencio de Dios*, Santiago Martín toma la palabra del H. Julio Rodríguez, martirizado en Bugobe: 1 de septiembre. “*Servando me ha hecho compañía un rato contándome viejas historias y sucesos de este campamento, luego en la capilla, juntos los tres, hemos rezado el rosario. Es muy dulce desgranar las avemarías en este ambiente. La plegaria te sale más del corazón que de la boca y te parece que el cielo está de verdad al alcance de la mano.*”

Por si acaso estamos dudando aún de los significativo y profundo de esta espiritualidad que impregna toda la vida y toda persona y todo el hacer, abrimos una de las innumerables páginas de preciosa escritura del H. Dominicio. Está contenida en una especie de diario meditado que titula *Vox Dei*. ¿Cómo ha de ser la oración?, dice:

«Antes que nada, la oración ha de ser una ofrenda y una aceptación. Los que tienen mucho que hacer, tienen mucho que ofrecer y que aceptar. Orar no es distraerse de lo que uno hace para ir a murmurar alguna oración a escondidas. Más bien significa mantener la rectitud de una mirada clara y de una intención serena. Mi oración ha de ser tan larga como mi trabajo, y envolverá todo mi reposo como el perfume penetra y satura el pañuelo que humedece. La

oración no es un discurso; es una espera y una acogida. La espera de Aquel que viene al mundo, la esperanza de la redención que se cumple y del Reino que se acerca». (H. Dominicio. Apuntes Vox Dei, Tema XI, *Obediencia intrépida*, p. 688. Arxiu de les Avellanes)

Esta es la realidad que se presenta a nuestra consideración entre lo selecto de la vida de nuestros educadores maristas antepasados.

Pero la gran cuestión puede ser saber de dónde les viene esta especie de claridad, de ausencia de dificultad o de contradicción en su espiritualidad.

No tienen un cuestionamiento ni sobre sus campos de misión, ni sobre su identidad... en los que han de trabajar... Tampoco en relación con las personas que se cruzan en su camino.

Por eso me parece interesante y especialmente orientador el consejo de André Lanfrey: *Examinar con atención los textos institucionales de formación y los textos normativos originales.*

2. Buscamos la resonancia en los textos

Los textos que los educadores maristas han tenido como fuente de su espiritualidad formativa, desde al menos 1851, han influido decisivamente en vida y en proyección espiritual. Indicaré en su momento algunos otros que, además de ser anteriores al gran Capítulo legislador del Instituto, que comenzó en dicho año, son la fuente de otros posteriores.

No hace falta reiterar el valor que para los primeros educadores maristas tenían las Reglas de vida y su observancia.. No obstante si recorremos las primeras páginas y seleccionamos los principios de espiritualidad que se proponen, deduciremos la importancia de cuanto en ellas se legisla. Tres afirmaciones absolutas introducen el texto:

«La perfección de un religioso depende de la fidelidad en seguir invariablemente una Regla de vida... El que vive según una Regla, vive según lo que Dios quiere».

Complementando este mismo sentido en un párrafo siguiente se añade: *«Ninguna observancia de la Regla les parecerá pequeña.» «Qui fidelis est in minimo et in maiori fidelis est». (Lc 16,10)*

Finalmente se promete la postrimería: *«¡Qué gran consuelo se tendría a la hora de la muerte poder decir al divino Salvador: he hecho lo que me habéis encomendado, dadme lo que me habéis prometido!»*

En la Regla de vida de 1837

En el artículo primero leemos la declaración del objetivo total, la finalidad:

«Los Hermanos de María se proponen como finalidad la instrucción primaria; pero además de la instrucción moral y religiosa, enseñan a leer, escribir, enseñan los fundamentos de la Gramática francesa...»

Dentro de la finalidad de la sociedad de Hermanos está también la de dirigir Hospicios o casas de acogida de niños y jóvenes».

Esta finalidad, presentada así de escueta y sencilla, es comentada por el H. Gabriel Michel, experto en temas de la vida de Champagnat, de la siguiente manera que nos ayuda a comprender mejor el cómo y el porqué de algunas determinaciones :

«Una ciudad puede pagar maestros. Un pueblo del campo no iba a pagar mucho porque en esta época no tenía recursos económicos. En parte porque los Intendentes no estaban convencidos de la importancia de una escuela; en este sentido no había en aquel tiempo nada prácticamente valioso en los pueblos del campo. La mitad no tenían absolutamente nada para dedicarlo a escuela del pueblo y los que tenían algo, solamente contaban con un solo local como clase. Cabían en el local unos 10 a 15 alumnos, de los 100 a 150 niños y adolescentes entre 6 y 12 años que pudiera haber en algunos de estos pueblos.

Marcelino, que estaba muy preocupado por la enseñanza del catecismo, ve cómo es muy difícil enseñarlo a los chicos que no saben leer. Tienen que aprenderse de memoria, con muchas repeticiones mecánicas, sin saber lo que aprenden; de manera que enseñar a leer y a escribir será en definitiva una manera de enseñar a Jesucristo, su doctrina, sus misterios, su moral, las oraciones del cristiano».

(Cfr. MICHEL, G. *Champagnat en su contexto histórico y religioso*. P.35)

La Regla dedica todo el capítulo II al Reglamento y orden del día u horario que se ha de seguir en cada casa.

Minuciosamente va desgranando las horas de la jornada, sin que haya distinción ni separación de lugar, en lo que se refiere a la vida de la Comunidad y vida de la escuela, ni lo que se tiene que dedicar a la vida personal, y lo que se ha entregar a los alumnos, padres y demás personas en la educación. Desde las cuatro de la mañana que tienen que levantarse, hasta las nueve de la noche que se señala el acostarse, todo forma una unidad de contenido sin fisuras.

Especial atención merecen los dos apartados o capítulos dedicados a la relación con los padres y la relación con los alumnos:

«Hay casos en que será conveniente entrevistarse con los padres de algunos alumnos para ponerse de acuerdo con ellos. En estos casos es necesario siempre dejar entrever que sus hijos dan muchas esperanzas y que con un poco de esfuerzo y con mucho cuidado, obrando siempre de común acuerdo, se llegará

a formarles bien...

Antes de responder a las preguntas que hacen los padres sobre el comportamiento de sus hijos, conviene elevar el corazón a Dios, diciendo, por ejemplo. Señor, di por mi lo que os es verdaderamente agradable y lo que puede contribuir mejor a vuestra gloria; después de esto decir lo que se crea que se tiene que decir. Un Hermano (Educador) prudente y animado del espíritu de su estado sabrá siempre desenvolverse adecuadamente».

Aunque el comentario más usual es el de la prospectiva pedagógica de Marcelino y de los primeros educadores maristas, al proponer estas normas cuando estaba vedado y hasta prohibida toda relación directa con los padres de los educandos, creo que el comentario que conviene aquí es el de la vida única, unificada, integrada, como se dice en la que el profesionalismo, la prudencia, la capacidad espiritual y toda la persona del educador están jugando el mismo papel; dan una intensidad máxima y no hay separación ni dicotomía.

En todo el capítulo cuatro, dedicado a la relación con los niños, hay una gran cantidad de aspectos pedagógicos; entresacamos sólo unos cuantos:

«En la clase de los más pequeños no se admitirán más de 70 alumnos y en clase de los mayorcitos no más de cincuenta, al menos que se proponga tener un ayudante de educador. (A pesar de que sorprende hoy tal cantidad de alumnos, se tienen datos sobre estadísticas que sobrepasan estos números)

No se castigarán las faltas graves cometidas más que al comienzo de clase siguiente. Se podrá comenzar por dar al culpable unas cuantas líneas que ha de aprender de memoria.

Mientras los alumnos están en la escuela, los educadores maristas han de estar con los niños. Esta responsabilidad la ejercitarán por ellos mismos, mas, si por razones importantes se vieran obligados a ausentarse, se asegurarán que siempre han dejado un vigilante de confianza.

Los punteros que sirven para señalar los cuadros de lectura y de aritmética, estarán atados por un extremo al lugar correspondiente». (Cfr. Régles Communes)

El criterio de M. Champagnat fue siempre muy claro y defensor del educador. Que no tuviese un excesivo número de alumnos. El cansancio y las enfermedades hacían estragos entre los maestros noveles, a causa de su entrega, de su esfuerzo en mantener el orden y la disciplina, y en imponer de viva voz sus explicaciones y mandatos. Criterio igualmente de protección del alumno, por el proceder de presencia del educador que también abarcaba al maestro, porque como añade a continuación, siempre que tenga que hacer alguna observación particular debe ser en presencia de al menos cuatro alumnos.

Marcelino Champagnat realista en todo, lo era especialmente cuando se

trataba de la salud y de la tranquilidad afectiva de sus subordinados. Bien convencido que sólo así se podría trabajar en todos los otros campos y en todas las otras dimensiones, procuró con exigencias, que aún hoy llaman la atención, que los educadores tuvieran una seguridad base de la que partir y en la que descansar con ánimo tranquilo.

En las Reglas de 1852

Después del gran Capítulo General de 1851, el Instituto Marista aparece vestido de largo. Al acabar las sesiones generales se ha dotado de unas cuantas normas legislativas que le definen en su identidad, le dan seguridad, uniformidad y comienzan a avalar su universalidad.

En la introducción al texto de las Reglas, al hacer la declaración solemne de voluntades, se manifiesta lo siguiente:

«Estas Reglas son la expresión fiel de la voluntad del Fundador y contienen su espíritu, es decir, su manera de practicar la virtud, de dirigir y formar a los educadores maristas y su manera de hacer el bien entre los niños».

Un poco más adelante traen la recomendación directa de S. Marcelino:

*«La fidelidad a vuestras Reglas, al obteneros la perseverancia, os aseguran la corona eterna. Si eres fiel a la Regla, respondo de tu salvación».*³

Los grandes contenidos educativos de este texto han sido suficientemente ponderados para no tener que emplear ni una línea en mejores análisis. Sólo unos cuantos párrafos seleccionados para indicar la vinculación entera y total entre la espiritualidad y la vida del educador medio a quien van dirigidas estas Reglas.

«El segundo objetivo de este Instituto es dedicarse, bajo la protección de María, a la salvación de los niños educándoles cristianamente; así, pues, una de las virtudes indispensables es alcanzar el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas».

«Como el mejor medio para conducir los hombres a la virtud y ganarles para Dios es el buen ejemplo y la santidad de vida, procederán de modo que den siempre brillante ejemplo de todas las virtudes, y trabajen todos los días para hacerse más perfectos, es decir, más unidos a Dios».

Pero donde se llega sin duda al meollo de la cuestión es en los artículos finales de este capítulo VI de la segunda parte:

«Deben considerarse como ángeles custodios de los alumnos. Como la oración es uno de los más excelentes medios de trabajar por la salvación, no dejarán de ofrecer por esta intención sus ejercicios de piedad, sus Comuniones

y todos los actos de virtud que practiquen.

*Aprovecharán oportunamente todas las ocasiones que se les presenten para edificar a los niños, formarles en la virtud y ganarles para Dios. Se harán todo para todos al ejemplo del Apóstol».*⁴

Como en una progresión se va ascendiendo de compromiso en compromiso hasta llegar a una plenitud, cuya meta es, nada más y nada menos, que Pablo el apóstol de Jesucristo.

Tres capítulos enteros, en la tercera parte, dedicados a la relación educativa del educador marista: *IV Relaciones con los niños. V De la conducta en clase. VI De la conducta en las correcciones.* Basta examinar la extensión y ver la proporción para pensar en la importancia dada al hecho educativo en la vida del educador marista.

Una muestra de cada confirmará esta hipótesis:

«El primer deber de los Hermanos respecto de los niños, es edificarles y conducirles a Dios por medio de las buenas acciones y de la santidad de su vida, dándoles ejemplo de todas las virtudes.

Procurarán permanecer unidos a Dios durante la clase, teniendo cuidado de elevar a Él su corazón... Asimismo se dirigirán con frecuencia a la Santísima Virgen».

Este elevación mística tiene que asegurarse mediante un ejercicio ascendente, teñido todo él de esfuerzo. En efecto, para que la corrección sea auténticamente educativa, exige al educador estas dos condiciones:

«Ejercer una continua vigilancia sobre si mismos. Aplicarse a conservar el alma en una gran paz para no dejarse llevar de ninguna pasión en la corrección». (Cfr. *Régles Communes*)

Los temas de examen de conciencia

Llegar a esta profundidad de la vivencia del educador no es un vano pretexto, sino una herramienta decisiva, ya que mediante ella se puede concluir cuál era fundamentalmente la meta de vivencia interior del educador, puesto que por ella se preguntaba desde el mismo tribunal supremo de su conciencia.

Hoy podemos acceder a esta fuente de espiritualidad marista, por haberla acercado el trabajo sostenido de los investigadores del Patrimonio marista.

Más adelante examinaremos las razones que avalan estas afirmaciones; ahora presentamos algunas cuestiones de estos exámenes⁵

«¿No podría ser que en lugar de procurar comportarnos en medio de los niños como apóstoles, que no buscan más que la gloria de Dios y la salvación de las almas, nos hemos comportado como mercenarios, como maestros de escuela laica cuyo principal objetivo es encontrar solución a sus intereses

temporales?»

Después de desmenuzar la gran cuestión de la finalidad del Instituto en siete subcuestiones concretas, propone esta pregunta que sintetiza todo lo anterior.

«¿He aprovechado todas las ocasiones que se me han presentado para edificar a los alumnos, formarles en la virtud, ganarles para Dios?»

¿Les he repetido sin cansarme las mismas instrucciones, los mismos avisos, sin preocuparme por ningún sacrificio, por ninguna dificultad, por penosa que sea, sin desanimarme por su tosquedad, por su indocilidad?»

¿Me he movido incluso a tener una cierta predilección por los más ignorantes, los más pobres, los que tienen un carácter difícil, un exterior repugnante, para prestarles cuidados más asiduos?»

De nuevo podemos observar un cierto proceso que aumenta su exigencia y que eleva el listón hasta cotas de gran altura; pero, además, para considerar bien el peso que en la vida espiritual pudiera tener esta valoración personal, exigida día a día, habría que valorar las cincuenta páginas que contienen estos temas de examen.

Todavía una concreción sobre el mismo tema, ahora dirigido a los Directivos. Para ellos, para quienes en la primera generación de educadores maristas se consideró con el fundamento del Instituto, iba dirigido este pequeño documento con los temas de examen especialmente dedicados:

«La caridad y la justicia, ¿constituyen para Vd. un deber cuando se trata de advertir a los educadores de sus defectos y cuando sencillamente hay necesidad de corregirlos?»

¿No se abstiene algunas veces por debilidad, timidez o por tratar de gozar de popularidad cuando se presenta este doloroso e imperioso deber?»

Este mismo folleto continúa profundizando en el sentido educativo y sigue haciendo preguntas:

«Vd. es Director sobre todo para sus educadores y no especialmente para los alumnos y para el público, ¿se dedica especialmente a los educadores jóvenes y procura ganar su confianza, hacer que tengan éxito en sus funciones y que se sientan felices?»

Hace además unas cuantas cargas en profundidad, concretas y específicas:

«¿Exige a sus educadores el cumplimiento de sus deberes profesionales? ¿Lleva control de sus cuadernos de preparación de la clase y del diario del aula?»

3. Echamos los fundamentos

El teológico

Seguro que podríamos seguir otros caminos más decisivos, pero el que se enseñaba en la formación institucional, el esquema que se seguía para fomentar la espiritualidad era como un intento de demostrar que la vida se apoyaba en la revelación bíblica. También podría presentarse como una experiencia cualificada de la realización del misterio de Cristo en la vida del cristiano bajo la acción del Espíritu; la colaboración humana, hasta llegar a la santidad.

Bien mirado, no es un camino imposible, es sencillo, se complica cuando no se siguen los caminos del Espíritu sino otros caminos: Dios que actúa, el colaborador que se esfuerza en seguir su voluntad...

El H. Luis María, segundo Superior General del Instituto, prologa el Manual de Piedad, o Ejercicios de perfección. Es presentado como viniendo de Marcelino Champagnat: *«Sin perder su espíritu y su carisma, lo que él deseó para sus hermanos»*.

Una especie de catecismo que contiene los principios de la vida espiritual. Estaba preparado para aprender de memoria y para recitarlo en preguntas y respuestas.

Cuando da las grandes definiciones es cuando mejor dice el camino que sigue.

«La finalidad de la vida del religioso es, 1º, Trabajar en adquirir la perfección de la caridad. 2º, Entregarse sin reservas, según su Regla, a la salvación del prójimo».

Entre las cualidades más necesarias al educador marista señala éstas tres: la piedad, el amor a Jesús, la devoción a la Santísima Virgen y a San José y el celo por conseguir la salvación de los niños.⁶

El camino ya señalado para los Hermanos de la Salle

El H Imerio, S.G., motiva de esta manera el volumen que recoge sus mismas circulares sobre el tema. Dice él, heredado de la tradición y espiritualidad lasaliana:

«Siguiendo el camino de nuestros predecesores no cesamos de invitaros a que os adentréis valientemente por el camino de la santidad, condición indispensable de la fecundidad de nuestro apostolado entre la infancia y la juventud. Enseñanza que no puede tomar otra forma, desnuda de toda ficción, que la de la exacta observancia.

Los fundamentos de nuestro objetivo son los que os hemos reiterado: el espíritu de fe; la vida de unión con nuestro Señor Jesucristo y el comentario sobre los medios que nuestro santo Fundador propone para transformarnos en hombres interiores».

Esta doctrina era conocida por Marcelino y por los primeros educadores maristas. Más aún, como podremos comprobar en nuestros mismos documentos, el mismo estilo lo delata. La entrega a la búsqueda de la santidad no es un afán facultativo, una especie de lujo espiritual, es una obligación estricta, un deber de estado; y, en cuanto al modo, ésta es la sentencia de S. Juan Bautista de la Salle: «*Uno de los mejores medios par adquirir y conservar el amor divino es sufrir mucho y con alegría*».⁷

Josep Rambla, S.I. ha querido sintetizar el camino de espiritualidad de la Compañía de Jesús en unas páginas accesibles al gran público. Si entramos inocentemente en las pistas teológicas que señalar, éstas son las claves de interpretación de sus caminos.

La vida espiritual es una vida centrada de una manera significativa en Dios. Ya San Benito expresaba esta fórmula con su: buscar a Dios, como indicador de espiritualidad.

Buscar y encontrar a Dios en todo sin nostalgias. En esto se contendría la unión interior y la acción del tipo que se requiera para el testimonio que vincula a la vivencia comunitaria.

El camino del proyecto marista

La descripción que leemos de algunas vías de santificación, podría plasmarse en este eslogan: tener un gran proyecto místico, pero caminar sobre una ascética fuerte y hacer que ésta adquiera profundo realismo en la vida. Habría en ella como una especie de prevención, de salvaguardia contra una contemplación infusa, gratuita, sin mérito, sin esfuerzo. Algo que hasta nuestros días se plasma en: «*Sólo lo que cuesta vale. A mi nadie me ha regalado nada; todo me lo he tenido que conseguir luchando y venciendo*».

Alonso Rodríguez con sus *Ejercicios de perfección y virtudes cristianas* (1609, Sevilla), San Francisco de Sales con su *Introducción a la vida devota* (1609, París) habían marcado una pauta y contribuyeron a la desconfianza de mística no fundamentada.

Si miramos en esta perspectiva el camino que sigue el H. Juan Bautista Furet, al biografar a San Marcelino Champagnat tiene que ver con estos principios y parámetros.

En efecto, dice él mismo: «*Para elevar a algunos santos a los lugares culminantes de la santidad, Dios lo hace avanzar a veces por caminos extraordinarios que nosotros no admiramos sin poderlos imitar, y otras los conduce por caminos trillados, pero de una forma heroica, muy perfecta, que se constituye*

para nosotros en objeto de admiración y de imitación a la vez. Éste fue el camino elegido para santificar a S. Marcelino Champagnat».

Aunque Furet no habla de espiritualidad, ni de términos equivalentes, deja muy clara la forma cómo presenta la santidad, como fruto de la vida del Espíritu, ejemplo a seguir y modelo a imitar.

Un cómputo sencillo en la introducción de su biografía de Champagnat nos puede servir para describir el camino que señala y que seguirá en esta obra capital

Éste es un elenco de los términos que se pueden seleccionar: *«Luchas, victorias, virtudes, disipar las tinieblas del pecado; restaurar el mundo; se inflaman con la contemplación de sus virtudes; los sufrimientos, los sacrificios, condenar el vicio; fomentar la piedad y la virtud; sugerir los medios para adquirir las virtudes; poner de relieve nuestros defectos e imperfecciones; vencer el pecado; verlo como en un espejo...».*

Las propuestas son muy concretas y la invitación a la militancia y a la lucha están muy claras. Era el camino seguro de la ascética que se precisaba para ascender a las cumbres más altas.

Propuesta mística desde una teología ascética

Al H. Juan Bautista no le faltan razones ni históricas ni teológicas para adoptar este camino. Tiene el aval de San Francisco de Sales, Alfonso Rodríguez y La Salle.

Pero además tiene razones más importantes para establecer una línea clara, un camino real para un Instituto que está creciendo a ojos vista, en extensión y en cantidad de miembros y conviene estabilizarlo y darle solidez.

La propuesta no es, por lo demás, ni violenta ni a contrapelo de las circunstancias. Propondrá la vía de la santidad en el programa mismo que ha seguido Marcelino. Por eso dice, no sin un entusiasmo contenido, al presentarla a los Hermanos y educadores maristas:

«Esta vida es para nosotros una Regla en acción, que nos muestra en cada página lo que debemos hacer para ser los religiosos piadosos, fervorosos, llenos de celo por la gloria de Dios, llenos de amor a Jesucristo, verdaderos devotos de María y auténticos imitadores de la humildad, de la sencillez, de la modestia y de la vida oculta al estilo de María».

Es cierto que en la página IX de esta misma presentación reformula de nuevo el mismo contenido, con algunas diferencias en favor de una mística más elevada, si cabe.

«Dirijamos sin cesar nuestras miradas sobre el que Dios nos ha dado por padre y modelo, examinemos cuál ha sido su espíritu de fe, su inmensa confianza en Dios, su celo ardiente por la salvación de las almas, su amor tierno y generoso a Jesucristo, su piedad filial a María, su profunda humildad, su mortificación, su desprendimiento de las criaturas, su constancia en el servicio de Dios». (Cfr. FURET, J.B. *Vida d J.B. Marcelino Champagnat.*)

La historia de Boleslao IV de Polonia viene como anillo al dedo para confirmar este segundo programa de vida espiritual .

Cada uno que mire si realiza el cuadro que tiene pintado delante de sus ojos o si se desvía de él, lo mancha o ennegrece, para saber si se parece al prototipo que debe imitar y se le ha dado como ejemplar y modelo.

4. La práctica de muchos de los que nos han precedido

Los principios educativos de la escuela Champagnat no eran excesivos ni complicados.

Los principios de vida espiritual de cada educador tampoco eran para perderse en su prolijidad. Entre ambos era posible la armonía y connivencia.

Educar en el amor y la alegría, estando mucho tiempo con los niños y jóvenes; un educar de la persona entera; de la fe y del saber.

«Para educar al niño hay que amarlo; si se tratara de enseñar nada más las ciencias humanas, los educadores maristas no serían necesarios. Si no quisieran ofrecer más que instrucción religiosa bastarían los catequistas».

Así acuñaba Marcelino Champagnat un tipo de educación que comprometía también al educador entero. Muerto Champagnat, su sucesor, H. Francisco, interpreta, repite y aplica el pensamiento de S. Marcelino. *«Vuestro trabajo, les decía a los educadores, es de lo más importante, y si me lo preguntáis, no lo disimularé, de lo más difícil de cumplir bien.*

Un educador marista debe ser un hombre de Dios, un hombre de oración. Pedid a Dios frecuentemente que os llene de su Espíritu, que os de el don de la sabiduría, prudencia, dulzura, caridad, vigilancia, firmeza y paciencia que os son necesarias para cumplir con éxito el trabajo que tenéis entre manos; esperadlo todo de Dios; haced todo lo que sabéis y El os ayudará a hacer lo que no podáis...Comenzad por ganar el corazón de los niños mostrando que tenéis por ellos el mayor interés y que les entregáis todo cuanto está de vuestra parte. Proponed siempre la santidad como finalidad de todos vuestros trabajos. Quiero ser santo, quiero que todos mis educandos sean santos y felices.» (Cfr.

*Conseils Spirituels tirés de la correspondance du veneré Fr. Francois». (1959)
p. 72 . Izieux –Loire, Ed. NDH.)*

Educadores de estilo, de la primera cantera marista

Son toda una pléyade los que salieron de las manos de Champagnat, de l'Hermitage y de los que acompañó el H. Francisco. Elegimos sólo dos formados con esta horma, hermano Luis (Juan Bautista Audrás), hermano Damián (Juan María Mercier,)

Del H. Luis, cuya vida se presenta como un dechado del amor de Dios, fue toda fruto del acompañamiento de San Marcelino. En el famoso diálogo sobre el amor a Dios, de tan elevado misticismo aparece el tema de la espiritualidad del educador:

- *«Siendo esto así, será mejor vivir enclaustrado... antes que echarse en medio de los peligros del mundo, para instruir a los niños.*

- *Se equivoca, le responde Marcelino. La educación de los niños, lejos de ponerle en trance de ofender a Dios, le proporciona los medios más adecuados para evitar el mal, le da ocasión de combatirlo y de destruirlo en Vd. y en el prójimo».*

Sabemos de sus éxitos en la escuela de Marllhes; de sus esfuerzos a pesar de la incredulidad de las autoridades locales. Éstas son las reflexiones que hacía a su compañero de escuela:

- *«Tenemos cien niños en las dos clases, pues bien, son cien almas cuya inocencia se nos ha confiado; según los eduquemos así serán toda la vida».*

En cuanto al H. Damián, el biógrafo le presenta como el educador que se toma tan a pecho su trabajo y su labor diaria que se agota en el empeño. El celo por la educación le devoró literalmente. Su salud robusta fue pasto de la tisis en una entrega total al servicio de los niños. (Cfr. *Biografías*. (1979). Zaragoza. Ed. EDELVIVES.)

Educadores de transmisión

Las generaciones de Hermanos Maristas que siguieron a la generación fundacional, especialmente las que hicieron efectivo el horizonte sin fronteras que deseaba Marcelino, tuvieron tanto afán y tanta necesidad de ser ellos mismos, que todo fue ahondar en sus raíces de educadores al estilo Champagnat. Si tomamos ejemplo de los venidos por diferentes caminos hasta España, se podría decir lo que con gracia y arte literario han dejado escrito Josep Pla o Concha Espina:

«Fueron considerados, aún por los anticlericales más notorios de las poblaciones, como más liberales y más abiertos que otros profesos de las órdenes del país. No cargaron demasiado ni acentuaron en ningún sentido el misticismo. Defendieron un catolicismo normal, del pueblo llano, donde no había demasiados milagros ni exceso de casuística». (J. Pla, *Llibre de records*)

Concha Espina tiene otra sensibilidad y abunda en muchos más detalles:

«Yo no se de dónde vienen estos hombres excepcionales que han hecho en la villa, Cabezón de la Sal, (Santander) una abundantísima siembra de cultura; pero sí sé dónde van. Van al sacrificio glorioso del amor a los niños. Van al ensalzamiento sublime de la ciencia por medio de la caridad. Y van alegres, seguros, con la más encantadora de las humildades... Hemos visto de cerca y hemos sentido en nuestra propia casa la caridad inmensa de quienes por su virtud serena y sencillez admirable merecen el nombre amoroso de Hermanos y el dulce y santo apellido de Maristas». (Concha Espina, *El Universo*, 12 de agosto de 1910)

Aquí habría que citar y alargar la lista de los Hilario, Hipólito, Helión, Hermilo, de los que los enviaron y de los que enseguida los siguieron en las inmediatas generaciones en muchos lugares de España.

De la misma época, pero de las vertientes del Piamonte en Italia, un educador marista a toda prueba, H. Alfano, ha sido examinado por el tribunal eclesiástico, dice que esta actitud y estas definiciones suyas son auténticos tesoros para organizar una espiritualidad:

«Que la piedad llegue a ser como una levadura potente; que tenga influencia y repercusión general sobre los pensamientos, afectos y sobre los actos; que domine todo..

*Oración viva es la que vivifica, abarca todo y hace como el corazón en lo fisiológico. ¿Cómo llegar a esto?. Hagamos unidad en nuestra vida. Hacer todo en Dios, por Dios y con Dios».*⁸

Educadores con la marca del Cordero

Los oficialmente presentados al Vaticano son 207 hermanos y seglares educadores maristas que está enrolados en alguna forma de proceso martirial.

Más de un martirio, por año de la existencia del Instituto, es una proporción demasiado generosa para omitir su voz y su voto en esta elección.

Tienen además la condición de vidas truncadas, inacabadas, pero al mismo tiempo sorprendidas en pleno vigor, sin marchitarse, sin declinar; sorprendidos en su tarea educativa; son por lo mismo modelos que se levantan para nuestra consideración de vida espiritual educativa marista. Sólo tres testimonios breves:

«Preparaba la jornada con la santa meditación, con el estudio diario de sí mismo, y se tomaba cuenta diaria de su labor personalísima en el examen, llevado con persistencia ejemplar. Así su vida de cada momento, situada entre esos dos pilares de la construcción, erguíase lenta pero sólidamente fundamentada».

Este autotestimonio aún palpita en los signos de su interpretación y de su valor:

«Dios me envía como un designio misterioso sobre este pueblo del Islam. Simple presencia que se purifica y que purifica, que se deja interpelar por la Palabra y que interpela por la Palabra, que se entrega y que entrega y que deja a Dios la elección de los momentos para la revelación más explícita del Evangelio.

*Estoy aquí porque mi vocación marista está particularmente adaptada a esta presencia escondida, de servicio humilde, para los niños y jóvenes, con María, ella que también está presente en el corazón del Islam».*⁹

Miguel A. Isla hace en sus cartas una autobiografía de alta teología mística. Cada día en su interior es testigo de la fuerza de sus necesidades básicas, de su dinamismo, de su irrupción involuntaria. Las acepta como tuyas, las contempla como tuyas, pero al mismo tiempo siente el amor de Dios: *«Estoy plenamente en ti sin estar ligado, atado a ti, vivo tu amor como libertad, en la libertad y en la comunión y esta tensión... es la condición permanente de mi forma de sentir y vivir el amor, un amor que no es humano».*

5. Sacamos algunas conclusiones

Quizá antaño los educadores maristas no se cuestionaron poco o nada por la misión. Fácilmente estaban convencidos de la voluntad divina sobre el lugar y los destinatarios de sus actos.

A veces la obediencia ciega les libraba de otras disquisiciones sobre la finalidad de sus trabajos, su esfuerzo y la dedicación de su entrega. Pudiera ser que la fe y unión con el que salva el mundo fuera más clara, firme y decidida.

El aumento de la fe y su realimentación puede ser una necesidad imperiosa y urgente para el educador actual, frente a la inmensidad de técnicas, variedad de lugares y situaciones diferentes en que puede encontrarse.

Mirar con los ojos de Dios a los hombres y mujeres de nuestro mundo, a la sociedad y a la cultura. Marcelino, muchos de nuestros antecesores y los marcados con la sangre del martirio, latían bajo la pasión del Reino, la pasión de Dios por sus educandos.

Fernando Savater ha escrito: *«Aunque los métodos modernos de educación han intentado efectivamente poner en práctica el absurdo que consiste en tratar a los niños como una minoría oprimida que tiene necesidad de liberarse. La autoridad ha sido abolida por los adultos. Eso significa que rehusan asumir la responsabilidad del mundo en que han puesto a los niños (y jóvenes). Es decir no son los niños los que en realidad se rebelan contra la autoridad educativa de los mayores, sino los mayores que les inducen a rebelarse, precediéndoles en esta rebelión».*

La tarea, añade el mismo filósofo, es ardua; más aún, se puede añadir, si se parte este principio tan erróneo, pero la realidad puede empobrecer hasta los mismos principios.

La tarea consistirá en ofrecerles un apoyo resistente, cordial, pero firme, paciente aunque complejo, adaptado, que les ayude a crecer en una libertad madura.

Educadores que reboen autoridad, porque reboan Evangelio, porque su calidad de vida y su experiencia de Dios se transmite más allá de las palabras.

Recrear una cultura de la pasión y de la radicalidad, frente a la cultura del ocio, el pasarlo lo mejor posible y todos los sistemas light que existen como formas o sistemas educativos. Refundar en los educadores las ideas esenciales que vuelvan a los deseos de la pasión por el Reino. Radicalidad significa volver a las raíces, regarlas y cuidarlas. Favorecer los nutrientes personales de pertenencia, comunidad y misión. Recrear una cultura arraigada en la experiencia. Frente a la cultura de “secuestro de la experiencia” de la finitud, del sufrimiento y de la muerte, enriquecer con la cultura de la tradición educativa marista de esfuerzo, trabajo, constancia...

Revitalizar una cultura de la red en una comunidad de memoria. La circulación de los valores educativos que se han transmitido de mayores a jóvenes, de veteranos a noveles, no tiene precio; el sistema actual lo está poniendo en serias dificultades.

Discernir la misión educativa como un modo de colonización del futuro; es decir, ser capaces de discernir que el ganarnos el futuro, tiene que ver con nuestras formas de vivir. Tiene repercusiones sobre el modo de plantearnos nuestra misión y la selección de nuestras tareas. Mientras tanto, los educandos de hoy y de mañana esperan respuestas urgentes de los educadores.

El texto es de Dorothy Law Nolte y merece la atención de todo educador:

«Los niños aprenden con el ejemplo. Si viven rodeados de críticas, aprenden a censurar. Si viven rodeados de hostilidad, aprenden a ser agresivos. Si viven

rodeados de burlas, aprenden a ser tímidos.

Si viven rodeados de vergüenzas, aprenden a sentirse culpables. Si viven rodeados de tolerancia, aprenden a ser pacientes. Si viven rodeados de elogios aprenden a felicitar. Si viven rodeados de honradez, aprenden a ser justos. Si viven rodeados de seguridad aprenden a confiar. Si viven rodeados de aprobación, aprenden a aceptarse. Si viven rodeados de amistad, aprenden a amar la vida. Y si viven rodeados de plegarias, aprenden a rezar».

-
- 1 FERE, Federación Española de Religiosos de Enseñanza.
 - 2 El H. Buenaventura, Antonio Pascual, fue uno de los primeros maristas, formado por el P. Champagnat. Fue educador admirado por sus discípulos. Realizó un intenso trabajo de formación durante 25 años.
 - 3 Cfr. *Règles Communes de l'Institut de Petits Frères de Marie*, (1989). Edición facsímil del texto francés. Zaragoza, Editorial Edelvives.
 - 4 Idem, pp. 88 y 92
 - 5 Archivos AFM 5201.22 Roma. Del centenar de páginas dedicadas a los temas de examen de la vida del educador marista, la mitad lo ocupan los temas relacionados directamente con la educación.
 - 6 El H. Luis M^a fue Superior General del Instituto e los Hermanos Maristas desde 1860 a 1879. El Manual se edita como un catecismo, conteniendo preguntas y respuestas breves, aunque sea un poco prolijo en su extensión y en sus detalles.
 - 7 Citas que el lector podrá encontrar en el Prólogo y en las pp. 15 y siguientes del Volumen I *La Santidad del religioso educador en la tradición lasaliana*. (1963) Madrid, Ed. EPSC.
 - 8 AA.VV. Testimonio en *Fedeletà generosa*, p. 127. (1987) Roma.
 - 9 Lettre de Fr. Henri Vergès au Père Cristian, à Tibhirine, el 04.02.94

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1997) *Recrear nuestra espiritualidad*. Madrid. P. Claretianas.
- FURET J.B. (2000) *Apostolat d'un Fr. Mariste*. (Policopie) Roma
- FURET, J.B. (1869) *Le bon Supérieur ou les qualités d'un bon Frère Directeur, d'après l'esprit du Vénéré Père Champagnat*. Lyon. I.J.Nicolle
- FURET J.B. (2000) *Manuel des Directeurs, policopie*. Roma.
- FURET J.B. (2001) *Sujets d'examen*. (Policopie). Roma..
- FURET, J.B. (1989) *Vida de J.B. Marcelino Champagnat*. Zaragoza, Ed. Edelvives.
- FR .FRANÇOIS (1959) *Avec Jésus et Marie*. N .-D. D. L'H. Izieux.
- LANFREY A.(1999) *Marcellin Champagnat et les Frères Maristes* Paris, Ed. Don Bosco,

- MICHEL G.(1994) *Champagnat en su contexto* Asunción (Paraguay). Ed. Salesiana.
- Mc.MAHON F. (1994) *Travelers in hope, Bro. F.M.*. Roma.
- MORAL BARRIO, J.J. (1993) *H. Bernardo, marista, mártir entre los hijos de los mineros.*. Zaragoza, Ed. Edelvives.
- RAMBLA, J. *Vida Religiosa d'una manera diferent*. Barcelona, N° 32. EIDES.
- ROBERTI, F. (1960) *Diccionario de Teología moral*. Barcelona
- SARRIÓN CAYUELAS, J. (1998) *Miguel A. Isla, morir para vivir*. Zaragoza, Ed. Edelvives.
- SAVATER F. (1997) *El valor de educar*. Barcelona. Ariel.
- THÒNE,P. (1965) *Une spiritualité mariale et thérésienne*. Ed, MM. Genval.
- ZIND,P. (1991) *Bx. Marcellin Champagnat, son oeuvre scolaire dans son contexte historique*. Roma (EUR). MGFM.

* Juan J. Moral Barrio Barrio
avellanes@maristes-cat.es
Centro de Formación Marista Les Avellanes (Lérida)